

FOEDERIS ARCA

(EN EL HOMENAJE DEL COLEGIO DEL ROSARIO
A MARIA SANTISIMA)

(Muy respetuosamente al señor don Antonio Gómez Restrepo)

Quae est ista, quae progreditur
quasi aurora consurgens,
pulchra ut luna, electa ut sol?...

—
Quién es ésta que marcha
como el alba al levantarse,
hermosa como la luna, escogida
como el sol?...

(Cant., VI, 9).

I

Si en fáciles revuelos,
De sus trinos regando la armonía,
Saluda el ave al rosicler del día,
—Mensajero de luz y de esperanza—
¿Cómo a tu excelso nombre,
Oh Reina de los cielos,
No han de brotar los himnos de alabanza
De los labios del hombre?

Dones de amor, Señora;
Himnos de gratitud, cánticos, preces;
¿Serán dignos de Ti? ... Tú los mereces:
¡Míralos de tu faz arrobadora
Con los ojos tan puros y tan bellos,
Y ese mirar divino
Difunda un peregrino
Hálito de tu sér en torno de ellos!

¡Y suban luégo, así dignificados
Por tus visibles celestiales huellas,
De tu áureo trono al pedestal de nubes;

Y brillen a tus plantas, enlazados
Con los lampos de luz de las estrellas
Y el perenne fulgor de los querubes!

¡Allá Colombia! ¡Oh Patria; allá, delante
De María, ofreciéndole el derroche
De piedad de tus hijos, te contemplo!
¡Bríndale honor y gloria para ejemplo!
¡A Ella, que surge como Sol radiante
Después de oscura y prolongada noche!

¡Oh Amor! ¡oh sacro numen
En quien todos los bienes se resumen!
¡Por ti, prez religiosa, cuánto dista
Del oprobio y baldón de la primera,
La dignidad de la cristiana era!

Amor! Amor! ¡Yo intento hundir la vista
En las densas tinieblas pavorosas
En que sumió a las almas el pecado!
¡Mas nó de mí tu espíritu se aparte!
¡Amor, sé mi baluarte!
Y si vuelvo los ojos, espantado
De tanto crimen y maldad sombría,
¡Haz que los fije en la que fue tu hechura,
En la sin par María,
Que esparce efluvios de celestes rosas,
Y serena el pesar con su hermosura!

II

La diestra temblorosa
Siempre apoyada en mi sostén seguro,
Desde el umbral, mirada cautelosa
Dirijo al antro oscuro.

Si en nada al ojo penetrar es dable
De tan profunda lobreguez, ¡cuál hieren

Sin piedad los oídos,
Ayes, lamentos, voces y alaridos,
Que ora brotan, ya se hunden
Del negro fondo en los ocultos senos!
Percíbese a distancia
Grave crujir de esposas y cadenas;
Y llantos y sollozos se confunden
En un solo clamor de horribles penas!...
¡Qué osada maldición la que profieren!...
¡Una blasfemia.... horror!... Una honda queja!...
¡Qué amarga imprecación a la inconstancia
De la mujer!... ¡Oh piélago insondable
De desventura y de dolor!... Oh abismo!...
Ya se acerca o se aleja
Perdurable rumor de sordos truenos...
¡Mas nada con los ojos se vislumbra!
¡Ni tenue luz alumbrá
Estos recintos de tristeza llenos!...
¡Es el reinado de las sombras!... ¿Nada
Semejante al infierno?... ¡Pero el mismo
Satán impera aquí!... ¡Cómo se siente,
Dentro este caos de negror profundo,
Tremar de gozo a la infernal serpiente!
¡Cómo se oye la horrenda carcajada
Del fiero monstruo inmundo
Que mira ante él la humanidad postrada!

De ignota cumbre descender parece
Una solemne voz: «¿Tú también,—dice—
Tú también a Luzbel, Pueblo escogido,
No fiando en tu Dios, así te entregas?
¡Con qué pecado a tu Señor irritas!
¡A cuánta infamia la cerviz doblegas!...»—
¡Furibundo silbido
Suena en la oscuridad y la estremece!—

Mas prosigue la voz: «¡Haré que lluevan
Sobre ti los quebrantos y las cuitas;
Haré que las entrañas se conmuevan
Del mundo, y mi poder se patentice
Con el rigor de los castigos! .. ¡Llóra,
Oh Pueblo desleal; llóra, oprimido
Por ansias y por duros cautiverios,
Hasta que llegue la anunciada hora
En que a cumplir altísimos misterios
De vida y redención, baje el Ungido!»

¡Sosténme, Amor! ¡sosténme, que fulmina
Desde su asiento el monstruo! la caverna,
Con un rojizo resplendor, siniestro
Como de hambrientas llamas, se ilumina!
No deslumbran las ráfagas; y, diestro,
Sí alcanza el ojo a sondear la interna
Desolación del antro!.... Ay! los mortales
Van caminando sin saber a dónde;
La tenebrosa ceguedad del alma
Los cubre; y de sus rostros macilentos
No en la angustiosa pavidez se esconde
La zozobra interior de agudos males!
¡Ni una fugaz, ni una aparente calma
Da tregua a los voraces sufrimientos!
¡Y si temple el Señor su justo encono,
Y una esperanza, en su bondad, inspira,
Tiembla Luzbel en su prestado trono,
Y estalla en rayos de nefasta ira!

¡No te contuerzas de furor! ¡No quieras
Más odio y más estrago y más delito!
¡Sácia tu sed de perversión y crimen
En lo que ves, Maldito!
¡Tuyo es el mundo! ¡Aún sobre el hombre imperas!
¡Todos te adoran, aunque todos gimen

Bajo tu yugo, Satanás!... ¡Germina,
Y todo en derredor lo contamina,
La simiente del mal! la que sembraste
Cuando astuto y falaz a Eva engañaste!
Como letal veneno,
Tu pernicioso influjo se derrama
De parte a parte, y todo lo inficiona;
De su poder la iniquidad blasona;
Desborda la pasión; y el desenfreno
Del brutal apetito. al cielo clama!
¡Ni de Israel los hijos se sustraen
A la invasión, y caen
De tropel en la charca pestilente
De la impiedad y el gentilismo.... ¡Ah; góza,
Tu obra al mirar, fatídica serpiente!
¡Ya el límite reboza
Del vicio y la maldad! ¡El arma afila
Hermano contra hermano; hiel destila
El corazón de la mujer, postrado
En vergonzoso vilipendio; insulta
La consorte al esposo; y no concilia
Ninguna ley de amor a la familia!
Todo se prostituye!... Hay cruda guerra!
¡Y nada, nada oculta
La corriente de horrores que ha causado
La maldición de Dios sobre la tierra!....

Oh! Si cuarenta siglos
Fuesen la eternidad, Luzbel sería
Lo que ser pretendió cuando al averno
Lanzado fue por su soberbia impía!....
¡Mas no has triunfado, Lucifer!... Tu mente,
—Seno impuro de sórdidos vestiglos—
«Que sí!» dirá. ¡Mas para el Sér Eterno
No son un punto las centurias de años;

Ni a Quien todo lo abarca en un presente
Puede el tiempo medir ni causar daños!

¡Y tú eres odio, Satanás! ¡Y veo
Aquí cerca al Amor, resplandeciente
Con los nimbos de gloria
Que concede a sus hijos la Victoria!
¡Tú la serpiente que inspiró el deseo
De pecar, para males sin segundo!
¡Y mora en el empíreo, refulgente,
La que holló tu cabeza y salvó al mundo!

¿Tiemblas de rabia? ¿Tus furores crecen?...
¡Ahora sí, Lucifer, tus rayos lanza!
¡Que en Jericó los muros se estremecen,
Porque al Pueblo de Dios conforta y guía
Un dón sagrado: el ARCA DE LA ALIANZA,
Que es emblema perfecto de María!

III

¡A ti me abrazo, Amor! En tu luz pura
Envuélve mis sentidos;
Déjame hundir la sien en la blandura
De tu rostro esplendente;
Haz que, cual llama ardiente,
Me consuman del pecho los latidos;
Purifica mi sér; dáme tus ojos,
Que fulguran cual vívidas estrellas,
¡Y aun no osaré mirar, sino de hinojos,
De la NUEVA ARCA las preciosas huellas!

Oh Dios! Sé que del oro
Más brillante y más puro;
Y del setím incorruptible, el ARCA
Ordenas fabricar para el tesoro
De tu Ley y el Maná; sé que esta egida

Libertará a Israel; y que ella marca,
Como antorcha, el sendero más seguro
Para alcanzar la Tierra prometida;
Sé cuánto vale la primera alianza;
Pero Señor! Ninguna maravilla
A revelar alcanza
De tu poder la soberana alteza,
Como la hermosa Virgen sin mancilla:
¡Suma de perfecciones en que brilla
Toda la plenitud de tu grandeza!

¡Oh María! ARCA NUEVA en cuyo seno,
Ya no un signo sagrado,
Sino el Verbo de Dios se halla encerrado!
¡Oh dulce Talismán de gracias pleno!
¡Tabernáculo vivo cuyas galas
Son la virtud, la santidad, la gloria!
¡Tú de la muerte llevas a la vida!
¡De este valle de lágrimas al cielo!
¡Y eres Faro, eres Luz, eres Victoria,
Que nó a Israel; al mundo le señalas
La senda apetecida:
No de Egipto al Jordán, sino de oscura
Noche cubierta por espeso velo
A un sereno esplendor de lumbre pura!

Si el genio de Moisés, nunca igualado,
Magnífico recinto,
Digno del ARCA DE ISRAEL, construye
Con cendales de púrpura y jacinto;
Si ante ella, alborozado,
Cuando al Pueblo de Dios la restituye,
Danza David y le consagra el arpa;
Si pará ella en suntüoso templo
Convierte Salomón rígida escarpa;
Y si este rey, que al universo asombra,

De rodillas la ensalza reverente;
 ¿Cómo Tú, que eres ARCA sin ejemplo,
 Te recatas y humillas en la sombra
 De apartado rincón de Galilea;
 Tú, la aurora luciente
 Del Cristianismo; su alma y su presea;
 Tú, del mortal consuelo y esperanza;
 Timbre y enseña de la NUEVA ALIANZA?

¡Mas, oh preexcelsa Virgen; destinada
 Para cubrir los tiempos con la gloria
 Del Verbo del Señor! ¡Oh Inmaculada!
 ¡No para Ti las auras terrenales;
 ¡Ni altos palacios de inmortal memoria;
 ¡Ni el sonoro ritmo fatigado
 De liras y salterios;
 De trompetas, de sistros y atabales!....
 ¡Para Ti el cielo, divinal María!
 ¡Y aquí—mientras se cumplen los misterios
 De tu misión—la silenciosa calma
 Del apacible albergue' sosegado
 Donde te guarda Dios; contempla tu alma;
 Y en tu belleza El solo se extasía!

¿Quién otro digno de mirarte?... ¡Apenas
 Del más justo Patriarca,
 Las pupilas tan castas y serenas
 Podrán celar la limpidez del ARCA!
 Pero Señora! Ni tu santo esposo,
 Ni el Arcángel que, envuelto en vaporoso
 Manto de luz, y hollando las montañas,
 Viene a anunciar tu augusto ministerio,
 Penetrarán jamás en el misterio
 Que realiza el Señor en tus entrañas!

¡El pesamiento del mortal se asombra!...
 Silencio!... ¡No a la tierra; al cielo mismo
 Tu grandeza suspende:
 ¡Que aun el cumplirse de altas profecias
 De una palabra de tus labios pende!
 «¡Sierva soy del Altísimo!» pronuncias;
 A Ti descende la impalpable sombra
 Del Espíritu eterno y soberano;
 ¡Y como Madre irradias del Mesías,
 Aunque a tu prez de Virgen no renuncias!
 ¿Virgen-Madre?.. ¿Dios-Hombre?.. ¡A lo profundo
 Nadie podrá mirar de tanto arcano!
 ¡El pobre pecador tan sólo advierte
 Que Dios, de su bondad en el abismo,
 Encarna en Ti para salvar al mundo;
 ¡Y tu seno purísimo convierte
 En el ARCA TRIUNFAL del Cristianismo!

¡Amor, a Ti me abrazo!
 ¡Que temen profanar el ARCA SANTA,
 Mis ojos, si la miran;
 O si le hablan, mi voz y mi garganta!
 ¡Amor: mis labios cierra,
 Si otro loor a pronunciar aspiran
 Que el nacido al contacto de tus llamas!
 ¡Y Tú recuérdala, oh Virgen, que eres lazo
 Tan dulce entre los cielos y la tierra!
 ¡Y que si eres de Dios vivo santuario,
 Aceptaste también en el Calvario
 Ser Madre del mortal, porque la amas!

¡Por eso tu esplendor, Edad cristiana!
 ¡Entón, pues, un himno a la doncella,
 Rosa de Nazareth, cándida y bella!
 ¡Que un prolongado hosanna,

Que un grito de entusiasmo y de alegría
Salga de lo hondo y los espacios llene!
¡Vibre una voz de júbilo, y resuene
De confin a confin: «¡Salve, María!»

ANTONIO OTERO HERRERA

Bogotá, 24 de mayo de 1919.

ACTOS OFICIALES

I

NUEVO PREFECTO GENERAL

*Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Bogotá,
junio 30 de 1919*

Señor doctor don Luis Enrique Forero.—S. M.

Tengo el gusto de participar a usted que por Decreto número 3 del 28 de los corrientes, dictado por el señor Rector, ha sido usted nombrado Prefecto general de este Colegio Mayor, en reemplazo del señor doctor Luis Alberto Castellanos, a quien le fue aceptada la renuncia que hizo de dicho cargo.

Dios guarde a usted.

PEDRO RAMIREZ TORO

El doctor Luis Alberto Castellanos desempeñó el cargo de Prefecto general a satisfacción del Rector y de la Consiliatura. Lo renunció para aceptar el importante empleo de director de la Escuela Normal de Boyacá.